

Las lecciones de Argentina

Francisco Rodríguez

No es casualidad que a principio de los años setenta, mientras varios de sus alumnos del Departamento de Economía de la Universidad de Chicago estaban regresando a sus países de origen en el Cono Sur, Milton Friedman haya escrito un artículo llamado “La política monetaria en países en vías de desarrollo” en el que propone lo que terminaría siendo el modelo de caja de conversión adoptado por Argentina. Según Friedman, los países en vías de desarrollo tenían poco que ganar y mucho que perder de la capacidad de ejecutar política monetaria. “Para la mayoría de estos países,” escribía Friedman, “creo que la mejor política sería desechar los ingresos provenientes de la creación de dinero, unificar su moneda con la de un país grande y relativamente estable con quien tengan relaciones económicas cercanas, y no imponer ninguna barrera al movimiento del dinero, ni de los precios, salarios o tasas de interés.”

Este planteamiento de Friedman guardaba total coherencia con su concepción de la política monetaria. Friedman también había sido uno de los principales pioneros de la tesis de que los países deben adoptar reglas estables de política en vez de otorgarle discrecionalidad a sus autoridades monetarias. El abuso de la capacidad de crear dinero por parte de los gobiernos que necesitaban una vía rápida para financiar su gasto público había sido uno de los principales causantes de las espirales inflacionarias vividas por países en desarrollo. La solución propuesta era cerrar la válvula de escape que representaba para los problemas fiscales la creación de dinero. Al impedir que los gobernantes utilizaran la impresión de dinero para financiar déficits fiscales, se les obligaría a limitarse en sus intentos de expandir de forma insostenible el gasto público.

Friedman compartía la visión de sus colegas de la Universidad de Chicago, según la cual los sistemas políticos reaccionan ante los incentivos de la misma forma en que, según la teoría económica, lo hacen los individuos racionales. Así como cuando aumentan los precios de un bien la gente demanda menos de ese bien, un aumento en los costos de actuar irresponsablemente debería generar conductas más responsables.

Curiosamente, la visión del sistema político que inspiró a Friedman y a sus alumnos latinoamericanos no terminó siendo la más acogida en el campo de la economía política. Con el tiempo terminó ganando mucha más aceptación la idea planteada por la llamada escuela de Virginia de que los sistemas políticos, aún si estaban integrados por agentes racionales, no exhibían un comportamiento racional en el agregado. De acuerdo con la escuela de Virginia, de nada sirve obligar a un sistema político que no es inherentemente racional a pagar altos costos de su irracionalidad. El resultado puede ser más bien un callejón sin salida en el cual te obligas a ti mismo a pagar un costo intolerablemente alto por algo que de todos modos vas a terminar haciendo.

Tal vez demasiado tarde, Argentina terminó dándole la razón a la escuela de Virginia. De nada sirvió la caja de conversión para limitar la voracidad fiscal de los gobiernos regionales y nacionales. Ya que no podían imprimir dinero, decidieron endeudarse, aumentando su deuda externa de \$63.000 millones a \$145.000 millones entre 1992 y 1999. La convertibilidad aseguró que el Estado argentino se endeudase en dólares, asumiendo una deuda mucho más rígida y difícil de pagar que si hubiese mantenido el control del valor de su moneda. La conducta que la caja de conversión estaba diseñada

para controlar no se controló, y al hacerla más costosa lo único que se logró fue aumentar el costo que los argentinos tenían que pagar en términos de deterioro en su nivel de vida.

Cuando la crisis pase, Argentina se encontrará en una situación no muy distinta de aquella en la que estaba en 1988. Tendrá el peso de una enorme deuda externa y no habrá avanzado en la reforma de las instituciones fiscales que llevaron a su Estado a gastar mucho más de lo que podía pagar. Lo más valioso que podemos extraer de la experiencia de estos últimos años será la lección de que no hay sustituto fácil para las reformas institucionales necesarias. Venezuela debe entender esto si quiere evitar seguir acumulando desequilibrios fiscales hasta que se hagan insostenibles. Tanto en Venezuela como en Argentina, no hay regla mágica que permita evitar la necesidad de llevar a cabo profundas reformas institucionales.